

Todas las vidas merecen ser contadas

Pascual Cámara
Quinto accésit

Os aseguro que esto es verdad. Munk ha sido un gran llorón. Pertenece a ese tipo de escritores a los que les embarga una emoción incontrolable al leer sus propios textos. En privado y en público. Y el problema es cuando lloran en público. Y es que Munk llora a lágrima viva. Llegó a un punto en que tuvimos que contratar un locutor o algún actor, para que hiciera las lecturas en la promoción de sus libros. Y no quiero contar cuando leías poesía. Gracias a Dios la poesía no es tu fuerte Munk, ya lo sabes, cielo...

Mara relata la anécdota como si fuera la primera vez que la cuenta. Y Munk siempre sonríe pacientemente. En esta ocasión lo hace durante una distendida cena que reúne al jurado de unos premios literarios. Estamos en el verano de 2014. Ella preside el grupo encargado de seleccionar los mejores. Entre los escritores presentes están algunos de los que trabajan para propia Mara en su pequeña editorial. Tiene reconocida una especial habilidad para detectar y promocionar talentos literarios. *Cariño, sirvenos un poco más de ese merlot que ha traído Munk desde California. Está en la cocina, sugiere Mara a su marido en un momento de la cena.*

Munk era uno de los tocados por la particular habilidad de Mara para intuir aquello que puede funcionar en el mercado literario. Él es ahora profesor de literatura española en la Universidad de California UCLA y esporádico colaborador de Mara. Ya había cumplido los sesenta años en el momento que ella se hizo cargo de sus textos. Cuando se conocieron, Munk ya escribía relatos cortos que fotocopiaba y vendía por bares de Madrid. Una tarde, Mara esperaba a una amiga en la mesa de un restaurante indio. *Léeme unas líneas de alguno*, le dijo al vendedor de cuentos. A Munk se le encharcaron los ojos al terminar el primer párrafo y Mara se conmovió al ver cómo destilaba incontrolablemente sensibilidad por los ojos. Han pasado cinco años y Munk es ahora, además de profesor, un escritor prolífico y uno de los últimos maestros del relato corto. En realidad, todos los congregados en aquella cena eran exitosos creadores de historias, empezando por las de sus propias vidas.

Probablemente la historia de todos los presentes en aquella reunión de jurado merecería ser contada. Todas las vidas merecerían que alguien las contara alguna vez. Esta historia podría ser la de Julio Montesse, otro de los presentes, conserje de la facultad de periodismo de la Complutense de Madrid cuando se conocieron. Mara le pidió fotocopiar unos apuntes y Julio le devolvió por error el esbozo de su primera novela. O el propio de Munk, el escritor llorón que repartía su arte por los bares de Madrid. O la curiosa vida de Antonia Perejil, otro de los miembros de aquel jurado, que siempre que

empezaba un nuevo libro se encerraba durante semanas con unas cajas de botellas de whisky Dyck y cien libros comprados al peso en una librería de segunda mano. *Para inspirarme*, decía. Luego, los textos resultantes del experimento se los entregaba a Mara para que los corrigiera o los *cocinara*, como a él le gustaba puntualizar. Antonia también colaboraba con frecuencia con Mara en la editorial, incluso antes de que el médico le prohibiera terminantemente el whisky.

Cualquiera de los otros diez personajes reunidos en el pequeño ático de Mara en la calle Segovia de Madrid, merecería, cuando menos, un relato. Pero esta es la historia de un momento en la vida de Mara. (Verano de 2014, Mara Lafarga, sesenta años cumplidos, delgada, metro setenta, pelo abundante ya blanco, liso, corte a en melena corta, tez clara, piel todavía firme, arrugas no demasiado evidentes aun, cara angulosa, ojos de color miel, sombra verde, nariz grande, guapa, sexuada)

La vista desde la planta 18 era bastante impersonal de no ser por la perspectiva que proporcionaba la altura y la sensación peculiar que le provocaba iniciar su vida en Manhattan. Mara se preguntaba si habría tantos estudiantes como para llenar aquel cuadrilátero de veinte plantas destinado a residencia universitaria. El centro lo forma un patio comunal también cuadrado, repeto de bancos y arces. Hay un pequeño parque con columpios y toboganes. El edificio de apartamentos forma parte del campus urbano de la Universidad de Nueva York, NYU, lindando con

Washington Square, en pleno centro de Manhattan. Mara se acababa de mudar. Observa cómo las hojas de los arces comienzan a encarnarse. Los columpios se balancean ausentes de niños, sólo tocados por la suave brisa del otoño. (Otoño de 1982, Mara Lafarga, 28 años, delgada, pelo abundante, sin peinar, corto, rubio, tez clara, piel firme, cara angulosa, ojos sin maquillar, color miel, nariz grande, muy guapa, muy sexuada).

Unos meses antes Mara no veía por dónde seguir. Le había sabido a poco su estancia en la Complutense de Madrid. Quería aprender más. Al acabar periodismo, alguien le habló de la existencia de una beca de postgrado para estudiar en el extranjero. *¿Hay que presentar un proyecto?, ¿para cuándo?, ¿para pasado mañana?*

No creo en los éxitos literarios como fenómeno habitual, recurrente y casual. Es que no creo que sean casuales. No digo que no sea posible. Alguno habrá. Digo que es seguro que hay una industria poco transparente que trata los libros como un producto más. Los métodos de una industria que evalúa quien, cómo y cuando un texto va a ser un éxito mundial, deberían enseñarse en las universidades de una manera más abierta. Me gustaría investigar sobre esta cuestión. Hay que dignificar esa industria. Si detrás de un coche, o un teléfono o una simple caja de galletas, hay un equipo más o menos multidisciplinar de diseñadores, científicos, publicistas... por qué no se dice claramente que un best seller o un éxito literario local, o regional, o nacional, es un producto perfectamente estudiado para que así sea. Por qué hay que vestirlo de una mística y una

transcendencia que pretende poner en el lado de la genialidad de una persona, el escritor, el mayor peso del éxito final. Es decir, discuto que un buen texto escrito en la soledad de una biblioteca universitaria, o en la mesa de una taberna destartalada y fría, sea el pilar que sustenta a las gigantes multinacionales editoriales. Estas multinacionales no tendrían el calificativo de grandes si fiasen su éxito y sus abultados resultados económicos a la genialidad de esporádicos artistas, ateridos por el hambre y el miedo al fracaso, escribiendo historias al calor de una taza de café, una húmeda tarde de, no se..., Edimburgo.

Tanto el número de ejemplares vendido, como el producto a vender, debe responder a una mayor profesionalización de la que se reconoce... Y si realmente no es así, yo quiero aprender a hacerlo. Quiero aprender a confeccionar éxitos literarios de una manera sistemática y transparente. Creo que hay mucha gente frustrada, escritores bien intencionados, que quieren competir, que quieren ser leídos, que se han creído la teoría del genio y la perseverancia. Y que lamentablemente morirán deprimidos, perseverando, mientras sus originales se acumulan en el disco duro de su ordenador, al lado de una macabra colección de cartas de rechazo.

El agregado cultural de la embajada de EEUU en Madrid interrumpe la presentación de Mara. Es el encargado de seleccionar a estudiantes y proyectos que la fundación filantrópica de la Reynolds Tobacco Company financiará para estudiar en una universidad norteamericana. *Me interesa. ¿Puedes abundar un poco más? Por cierto, tu acento en inglés es distinto. ¿Has estudiado en Francia o eres de allí?*

Mara tuvo la intuición de que a poco que forzase su deje parisino ganaría la beca. Pero, lo cierto es que no había nada frívolo en su propuesta. Siempre le había interesado el fenómeno de los *pelotazos* literarios. Su niñez y su formación personal se fraguaron conviviendo con perdedores. Entre creadores entusiasmados con su obra que apenas podían comer de su trabajo. Su padre fue uno de ellos. Director y autor de teatro, emigró a París desde el Madrid de los años cincuenta del siglo pasado. Le recuerda como un hombre abatido. Había sufrido y bregado con los caprichos del mercado y los aparentes gustos del público durante toda su vida. Siempre mendigando obras ajenas que representar, mientras las propias hacían el viaje de vuelta, rechazadas sistemáticamente por productores y editoriales. Ya entonces Mara escuchaba en casa que era más fácil situarse a favor de la corriente, con las personas adecuadas... Que sólo triunfaban los elegidos... Los elegidos, ¿por quién?, ¿cómo?,...

Mara consiguió la beca. *Aprender a fabricar científicamente un best seller. ¿Es usted Italiana?* Al jefe de opinión de la revista *The New Yorker*, John Norky Adams, Mara le provocó algo más que curiosidad. Norky, además del tutor de su beca Fulbright, sería también su profesor de economía, marketing y creatividad en NYU. Con el tiempo, a Norky también le habría gustado ser algo más desde un punto de vista personal y Mara supo manejar esta debilidad con cierta habilidad.

Los columpios del patio de la residencia de estudiantes se balancean ahora, también sin niños, con la brisa fría del principio de la primavera. Los brotes de los arces empujan con vigor al final de las ramas. Por algunas asoman ya las hojas. Han pasado ocho meses desde su llegada a NYU. Mara toma una copa de Southern Comfort recostada en el ventanal de su apartamento de la planta 18 del las residencia de estudiantes. Esta noche acaba de volver de otro de los encuentros de *investigación* a los que Norky le invita prácticamente todas las semanas. Presentaciones de libros, exposiciones, entrega de premios, estrenos... cualquier excusa es buena para que Mara se relacione con las personas e instituciones que deciden qué es lo que merece la pena ser visto, leído o admirado en la ciudad de Nueva York y por ende en prácticamente en todo el mundo.

Desde su ventana observa cómo dos estudiantes salen a fumar al patio del gigantesco edificio universitario. Comparten alguna anécdota graciosa. Rien y sus caras se difuminan entre el vaho de su respiración y el humo del tabaco que exhalan. Han interrumpido la abstracción de Mara y se sirve otro vaso de licor. Busca el titular, el resumen de esa noche. Alguna pista que le aporte un nuevo ángulo a su proyecto de tesis. Pero el titular es el mismo de otras noches. El mismo de todas las conversaciones que ha mantenido en los últimos meses. Durante sus numerosas incursiones en el ambiente artístico y literario neoyorquino de la mano de su mentor, había tenido ocasión de observar a editores, directores de medios de comunicación, escritores, artistas,

eruditos,...Pensaba lo difícil que era diferenciarles. Lo que les une es mucho más que lo que les separa. *La independencia de criterio es un mito, piensa. La mayoría vive en un permanente estado de ansiedad que les aleja de esa opción. La independencia de criterio a la hora de valorar nuevas propuestas creativas es una cualidad casi exclusiva del que no tiene nada que perder. En breve, la capacidad crítica se somete a los resultados económicos, a la tiranía de balances y ratios de audiencias. La originalidad implica riesgo. Apoyar lo original implica riesgo y el riesgo es muy caro...* En la penumbra del apartamento recordaba la voz desanimada de su padre.

Aunque es primavera las noches son frías en la isla. Mara decide salir a dar un paseo por el Soho. Se podría decir que el Soho de Manhattan es parte del campus de NYU. Es una especie de campus urbano en el centro de la ciudad. Las calles que rodean las facultades de la Universidad se habían convertido en su hábitat propio. Facultades, bibliotecas, bares, salas de exposiciones y salas de jazz compiten allí por la formación de los universitarios. Tanto, los estudiantes como la propia NYU, llevan a gala esa inmersión paralela que supone su campus. Parecen haber llegado a la conclusión de que la realidad social y académica deben ir de la mano para que el resultado final sea óptimo desde el punto de vista formativo. Pero esta noche Mara deambula por las calles menos interesada en los libros. Camina en brazos de los vapores del Southern Comfort.

A Mara le atrae y sobrecoge a la vez, ese aspecto de intercambiador de autobuses nocturno que tiene el

bario chino de Manhattan, situado algunas calles más abajo de su campus. Locales abiertos toda la madrugada, cobijando con aspecto de viajeros a ninguna parte. Luces tenues de colores, olores imposibles, sonidos y penumbras pueden llegar hacerte creer que has llegado a una estación sin señales de salida. Son cerca de las cuatro de la mañana. Los escasos trasnochadores se camuflan entre los que comienzan su jornada. El olor a pescado destaca del de otros alimentos cocidos. Algunas personas comen, sonora y ávidamente, arroz y sopa en las aceras. Dentro de los establecimientos hay menos clientes. Algunos levantan su mirada perdida al paso de Mara. Toda la escena le suena familiar. Sabe que es habitual este sentimiento en Manhattan. Una especie de *Déjà Visité* cinematográfico. Sensaciones extrañamente familiares o ya vividas. Mara nota una desagradable sensación de sobriedad. Le molesta empezar a hilar lógicamente sus pensamientos. Necesita otro trago de licor.

La barra del bar está vacía. Los posavasos informan de que el Rainy Day Club invita a las segundas copas cuando llueve en la ciudad. Hoy no llueve. Mientras espera que le sirvan, Mara nota una ligera presión en su pie derecho. Cuando mira hacia abajo el hombrecillo ya ha pasado por encima de su zapato y camina con cierta dificultad hacia la salida del local. Mide unos diez centímetros de altura y sus pasos son muy cortos y pesados. Mara levanta la cabeza cuando el encargado le trae su copa.

¿Se encuentra bien? ¿Tiene algún problema? Pregunta el encargado en un, casi ininteligible, acento chino.

Estoy bien, perdone, ¿cuanto es?

Mara sigue con la mirada al hombrecillo. Durante un segundo él también le devuelve la mirada. Va muy elegante, con botines, pantalones de rayas, ajustados al tobillo, chaqué largo y sombrero de copa. No es delgado, ni joven. Se apoya sobre un bastón mientras camina con cierta dignidad. Hay poca luz en el local, pero Mara juraría que no es chino. Tiene barba poblada y blanca. Al llegar a la puerta, el hombrecillo se detiene y espera. Mara se levanta del taburete, se acerca y le abre.

Se oyen sirenas, lejanas y cercanas, de bomberos y policía. El olor a pescado cocido es ahora más fuerte. Ha refrescado y de las alcantarillas sale un vapor blanco. Como si fuera niebla. Tan denso que a veces oculta al hombrecillo elegante mientras camina al borde de los edificios. Una niebla maloliente. Al cabo de un tiempo, unos minutos, el hombrecillo se para.

Llegaríamos antes si tuviera la bondad de introducirme en el bolsillo exterior de tu chaqueta, dijo. Su inglés británico es impecable. Definitivamente no es chino.

Aquí es, dijo al llegar al primer callejón. No me baje todavía. Lo peor de este tramo son los gatos. Al fondo, donde la lamparita roja, por favor... Perfecto, empuje, la puerta está abierta.

Parecía un almacén de anticuario. Pase, pase. Si le gusta el cine o el teatro, aquí encontrará atrezzo de la

mayoría de las películas o de las obras que se han representado en los últimos años en la ciudad. Siga por allí, por favor.

El almacén está atestado de decenas, centenares de enseres de todo tipo. Mara avanza sin saber con certeza si está ya en medio de un sueño etílico. El hombrecillo marca el camino con el bastón desde el bolsillo de su chaqueta siguiendo una angosta vereda entre lámparas, cortinones, manquíes, máquinas de escribir de todas las épocas, sillas, sillones, espejos, armarios, máscaras... *Al fondo, más al fondo, por favor... Perfecto. Aquí.*

El paseo entre las piezas que alguna vez formaron parte de la escena neoyorquina le trajo recuerdos de cuando jugaba de niña entre las tramoyas, los camerinos y las bambalinas de los teatros donde su padre trabajaba en París. *Perfecto, Aquí.* Repitió el hombrecillo señalando a una maqueta compuesta por un conjunto de casas adosadas de estilo victoriano y construidas a escala del pasajero de Mara. Habría unas diez viviendas pareadas de unos treinta centímetros de altura. Todas tenían una pequeña escalera de tres o cuatro peldaños para acceder a la puerta principal y estaban rodeadas por una verja negra de hierro que protegía el patio delante de cada una de ellas. El hombrecillo abrió la portezuela de la verja de la primera casa. Chirrió un poco. *Tengo que mandar engrasar esta puerta, dijo. Mara observó cómo se encendía la luz de alguna de las otras viviendas. Les hemos despertado, dijo. Mara se acercó para intentar leer un pequeño cartel que colgaba de la pared de la*

última de las viviendas. Podía leerse The Stratemeyer Syndicate Inc.

Mara se dejó caer en un sillón de terciopelo verde detrás de ella. El Sindicato Stratemeyer era uno de los proyectos que había conocido y de los que más le habían interesado durante el curso que llevaba en NYU. Su creador, Edward Stratemeyer, había sido durante años un escritor sin ningún reconocimiento. De padres emigrantes de Alemania, había crecido con la firme vocación de escribir y prosperar. La realidad le fue poniendo en el lugar humilde que le correspondía por su origen, escribiendo para otros, en una labor a medio camino entre la colaboración y el plagio. Stratemeyer pudo comprobar durante años cómo algunas editoriales y figuras consagradas de la literatura echaban mano del talento de escritores desconocidos para firmar creaciones ajenas a cambio de algunos dólares.

En 1904 decidió formar lo que llamó un sindicato de editores, escritores, publicitas, taquígrafos, secretarios... Un conjunto de personas, hombres y mujeres, colaborando con el objetivo de crear libros de éxito, independientemente de quien fuera quien los firmara. De hecho, siempre firmaba el Sindicato. Mara estuvo investigando quienes, que nombres, formaban parte del Sindicato. Aunque alguno de los miembros decidió salir del anonimato, nadie sabe a ciencia cierta si son reales los nombres que, con el tiempo y al calor del éxito cosechado, han reclamado la autoría de alguno de los 1600 libros que publicó Edward Stratemeyer y su sindicato de escritores

fantasma. Libros y series de libros, principalmente para jóvenes y niños, han sido publicados por el Sindicato con éxito durante años basándose en la idea de que un libro es un producto de consumo más. Varias personas, con distintos talentos, lo crean y manufacturan. Nadie es el autor único y todos son responsables de su éxito o fracaso.

En unos minutos, alrededor de veinte personas diminutas se reunieron al frente de la ristra de casas adosadas junto a sus cuidadas verjas. No todos los pequeños personajes eran mayores, ni todos hombres. De hecho había más mujeres.

Mara apenas acertó a hacer una pregunta. *¿Quiénes sois?*

Los diminutos personajes se miraron. *Has oído hablar del sindicato Stratemeyer. Mara asintió con la cabeza esperándose oír cualquier disparate de la pequeña boca de su interlocutor. Yo soy Howard Garis, esta es mi mujer Liliam y la que se asoma por la ventana en mi hija Cloe. Todos escribimos para el Sindicato del Señor Stratemeyer. Mejor dicho escribíamos. Nosotros formábamos parte del sindicato desde que lo creo en 1904. Pero él murió en 1930 y ahora lo llevan su hijas Harriet y Emma. Si no me equivoco estamos en 1982. ¿Verdad? Somos muy antiguos. Perdone mi despiste. Antes que para Stratemeyer hemos trabajado para otros. Mucho antes...*

¿Y por qué no seguís trabajando con las hijas de Edward?

Ellas nunca supieron de nuestra existencia. ¿Has oído el término escritor fantasma? Eso somos nosotros. De hecho ya lo éramos, fantasmas digo, antes de que el Sr. Stratemeyer

creara ese concepto. A la muerte del patrón nos trajeron de nuevo a este anticuario del barrio Chino junto con muchos de los muebles del antiguo sindicato. Y ahora hemos vuelto a ser más fantasmas que escritores.

¿Pero cuántos sois?

Éramos más de cincuenta cuando vivía el patrón. En esa época llegamos a publicar colecciones de libros para niños con más de cien seudónimos. Ahora quedamos los que ves. Unos veinte que vivimos en esta a maqueta que nos construyó el director en su propio despacho. Como digo, Harriet y Edna, las hijas de Stratemayer llevan la empresa de otra manera. Contratan también a periodistas sin trabajo, estudiantes, escritores fracasados... pero de una talla normal. En estatura, me refiero...

La información de Garis coincidía con mucho de lo que Mara sabía. De hecho, las ancianas Harriet y Edna Stratemayer habían asistido a alguna de las ceremonias culturales a las que Mara iba invitada por Norky, su tutor de NYU.

Humm, veo que ha conocido a los pequeños artistas... Era una voz muy apagada que venía de la parte de atrás del sillón donde Mara se reponía de la conversación con Garis. Arrastrando los pies, las manos juntas, encorvado, se acercó el que debía ser el dueño de aquel fantástico lugar. Era un hombrecillo chino de alrededor de metro cincuenta de estatura, muy delgado y frágil con pelo largo, ralo y blanco, igual que su barba.

Mara le miraba sin saber si algo de lo que estaba pasando allí era cierto. No volvería a probar el Southern Comfort, pensó.

Munk ha bebido más de la cuenta. Veneraba a Mara y la temía. Como el resto de los contertulios, había pasado años de humillación. Años de rechazo de editores. En su caso, humillaciones diarias vendiendo fotocopias por los bares de Madrid que acabaron la noche que conoció a Mara en aquel restaurante indio.

Mara sabes lo que te debo y respeto. Pero nunca nos has contado el secreto de nuestro éxito. Nosotros te entregamos nuestras ideas esbozadas en unas cuartillas y tú nos las devuelves publicadas. Sí. Tienen algo nuestro, pero el resultado final es mucho más de lo que hubiéramos conseguido por nosotros mismos.

Es un esfuerzo conjunto, querido Munk. Ya sabes que me gusta decir que somos como un sindicato. Mara aparentemente bromea apoyada en un gran aparador a sus espaldas. Sobre éste, sólo ella parece oír el ajetreo de máquinas de escribir, subir y bajar escaleras y pequeñas voces dentro de las casitas construidas para el Sindicato Stratemayer. Se gira, las mira con un ierto aire de complicidad y con sumo cuidado, cierra la portezuela de la verja de la primera casa. Hace un pequeño chirrido. *Tengo que pedir que engrasen esta puerta, piensa. Norky, cariño, estamos esperando el vino...* demanda Mara a su marido cuando su antiguo tutor ya entraba en el salón con la botella de chardonay elevada con ambas manos. *Lo he catado. Excelente elección Munk, dijo Norky.*